

# EL MAR ALREDEDOR

KERI HULME

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS  
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *the bone people*

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2019 by Keri Hulme  
© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2019  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2019  
© de la ilustración de cubierta, Carmen Casado, 2019

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:  
Automática Editorial S.L.U.

Automática Editorial agradece la colaboración de Creative New Zealand para la publicación de este libro.



Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.



ISBN: 978-84-15509-48-6  
DEPÓSITO LEGAL: M-14181-2019

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: abril de 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.





# EL MAR ALREDEDOR

KERI HULME

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS  
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN





*El mar alrededor*  
Motueka, 1966 – Moeraki y Okarito, 1978

*Ki a taku whanau:*  
*Mary, Bill, Raynee, Diane, John, Mary, Andrew, Kathryn, Bob,*  
*Robyn, Wesley, John, Barry, Patrick, Maryann, John Peters:*

*ki a nga whanauka mate —*  
*ki a aku morehu tupu —*  
*tenei pukapuka, he maimai aroha.*





Mi agradecimiento a estas personas y grupos de personas sin los que *El mar alrededor* nunca habría llegado a su conclusión, nunca se habría publicado:

mi familia,

los comités asesores del Fondo Literario de Nueva Zelanda, el comité para la adjudicación de la beca Robert Burns (Universidad de Otago, 1977),

el Fondo Fiduciario Maorí (por el premio de escritura en inglés de 1978),

la compañía ICI (por la generosa contribución de la beca ICI 1982, que permitió la ultimísima reescritura),

Arnold Wall,

Judith Maloney y Bill Minchan (*remember the wake!?*),

Rowley Habib

y, especialmente,

los colectivos Spiral, por la amistad y la fe.

*Keri Hulme*



## PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

### Patrones en un libro sin patrones

*El mar alrededor* empezó su vida siendo un relato corto llamado «Simon Peter's Shell». Lo escribí con mi primera máquina de escribir, por la noche, después de trabajar en las plantaciones de tabaco de Motueka. La máquina fue un regalo de mi madre por mi decimotavo cumpleaños, pero esa es otra historia.

«Simon Peter's Shell» se fue retorciendo hasta configurar una novela. Los personajes se negaban a marcharse. Necesitaron doce años para conseguir esta forma. Para mí, es una forma final, tan final que no quiero tener nada que ver con ninguna alteración. Por eso iba a embalsamar el libro en un bloque de metacrilato cuando los primeros tres editores lo rechazaron por, entre otros motivos, ser demasiado largo, demasiado difícil de manejar, demasiado «diferente» en comparación con la estructura habitual de una novela.

Entra entonces, al sonido de las trompetas y el tintineo de los cauris, el colectivo Spiral.

Las exigencias de la publicación colectiva obligan a los individuos a trabajar de manera individual. La comunicación conmigo era difícil (vivo a ochocientos kilómetros, no tengo teléfono y recibo el correo solo intermitentemente), por lo que nunca se llegó a un consenso en pequeñas cuestiones de puntuación. Me gusta la diversidad.

¿Deberían haber asegurado la uniformidad las editoras? Bueno, tuve suerte con las mías, que respetaron mis sentimientos sobre... las singularidades. Por ejemplo, creo que la *forma* de las palabras produce una reacción en el lector (una reacción mínima, inconsciente, ignorada, pero precisa). «Vale» tachona

una frase. «Valeee» es una palabra que fluye más suavemente cuando se lee en silencio. «Verdeazul» es una fusión que expresa un color que no es azul ni verde, sino ambos: «verde-azul» es una mezcla de dos colores. Quizá las editoras fueron amables en exceso con mis experimentos y excentricidades. ¡Genial! La voz de la escritora terminó triunfando.

Para aquellos acostumbrados a una única norma, este libro puede tener un gusto superficial extraño, como el primer bocado de las huevas de erizo de mar que llamamos *kina*. Persistan. La *kina* puede terminar siendo su plato favorito.

Un sueño aclaratorio: Estoy en el vagón de un tren con las ventanas abiertas, rodeando lentamente unas montañas. Le digo a un amigo desconocido: «¡Oye! Estas tienen que ser las Rimatakas», y, en efecto, a lo largo de las pálidas montañas se ondula la inscripción RIMUTAKAS, ALTITUD: 3000 METROS, en un negro regaliz sobre glaseado de almendras, y entonces el vagón se convierte en un club privado. La señora que está al cargo tiene una sonrisa plagada de dientes. «Sí, claro, puede hacerse miembro. Le costará 10 dólares». Le ofrezco una tarjeta de plástico, consciente muy a mi pesar de que no tengo un dólar, ni hablar de diez. Digo, sintiéndome culpable, sintiendo *whakama*: «Este jersey que llevo... los agujeros de las polillas acaban de salir. Era completamente blanco antes». Sonríe y se marcha hacia la oscuridad. Me deja boquiabierto cuando vuelve con una jarra de cerveza y otra sonrisa para mi amigo y para mí. Todos estamos allí sentados, decenas de personas, con el tren traqueteando triste, las montañas frías y la ropa apolillada, pero sin una pista de *squash* a la vista.

Entiéndanlo como quieran.

*Kāia ora koutou katoa.*

*Keri Hulme, 1984*

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

El final al principio – 17

### I. ESTACIÓN DEL DÍA LUNA

1. Retrato de una sandalia – 25
2. Aproximaciones – 75
3. A tientas en la oscuridad – 151

### II. EL MAR ALREDEDOR

4. Un lugar para dormir de día – 247
5. Aguas vivas y aguas muertas, flujo y reflujo – 319
6. *ka tata te po* – 377

### III. LA TORRE HERIDA POR EL RAYO

7. Conversación con espejo – 407
8. Cae la noche – 469
9. Sin asideros – 481

### IV. TENDONES REDOBLADOS, HUESOS ROTOS

10. El *kaumatua* y el hombre roto – 517
11. El niño solo – 595
12. La mujer en el manantial de la muerte – 635

## EPÍLOGO

Recogiendo agualuna – 677

*Traducción de palabras y expresiones maoríes* – 687



## PRÓLOGO

El final al principio





Va por la calle. A su lado, rueda el asfalto.  
Todo es silencio.  
El silencio es música.  
El cantante es él.  
La gente que pasa sonrío y asiente con la cabeza.  
Estira la mano hacia ellos.  
Abren sus manos como flores, tímidamente.  
Sonrío con ellos.  
La luz es cegadora: le encanta la luz.  
Ellos son la luz.

\*\*\*

Va por la calle. El asfalto está caliente y suave por el sol.  
La gente que pasa sonrío y saluda a gritos.  
Él sonrío y responde.  
Tiene la cabeza llena de cambios, de giros y de esperanzas  
y sabe que recibe ligeras palmaditas. Ríe.  
Quizá sea el baile, como ella dice. Creación y cambio, des-  
trucción y cambio.  
Nuevo *marae* del viejo *marae*, un principio a partir del final.  
Su cabeza lo entreteje en una espiral adornada de estrellas.  
Estira la mano y se la estrechan con suavidad.

\*\*\*

Va por la calle. El asfalto se hunde bajo sus musculados pies.  
Silba en voz baja mientras camina. A veces sonrío.

La gente que pasa sonríe tambi en, aunque agacha la cabeza con deferencia como si su sonrisa fuera demasiado afilada.

Sonríe aún m as cuando ve sus cabezas gachas. Puede desenterrar cada pensamiento, cada reacción, de sus cerebros grises, a través de sus huesos. Sabe cómo hacerlo. Sabe mucho.

Quiere saber m as.

Pero de momento está el sol a la espalda, el hogar aquí y el aire desatado por todas partes.

Y ellos, que se arrastran delante de ella en ese baile de ritmo extraño. Acelera el paso hasta alcanzarlos.

Y canta cuando los coge de la mano.

\*\*\*

Solas, no eran m as que personas. Incluso en pareja, cualquier tipo de pareja, no habrían sido nada m as que personas solas. Pero todas juntas se han convertido en el corazón, los músculos y el intelecto de algo peligroso y nuevo, algo extraño, en crecimiento, magnífico.

Juntos, todos juntos, son los instrumentos del cambio.

En el principio era la oscuridad, más miedo y un viento que aullaba en el mar.

—¿Por qué no lo dejamos?

Ya no pueden hablar en susurros.

—No hay forma de estar seguros de que acabe en el fondo. Además, tendremos que volver a por la barca.

La voz. La voz de pesadilla. La terrible voz viva que lo persigue, que parecía murmurar palabras de cariño mientras las manos lo herían con hábil crueldad.

—Tendremos que largarnos pronto.

Está sucediendo otra vez y, como la anterior, no hay nada que pueda hacer para pararlo. Se llevará a la gente nueva, lo destrozará, volverá a empezar desde el principio. No puede alterarlo. Y lo peor de todo es que sabe de una forma rudimentaria que el terror de verdad está por llegar.

Hay una pausa repentina en el estallido de las olas y un prolongado siseo profético.

—¡Salta ya! Coge el salvavidas, yo nadaré. Me puedo encargar de él...

Incluso ahora, el dardo de la risa en su voz.

¿Encargarse? ¡Aaaaah!

En la memoria, en el negro fondo de sus ojos, hay palabras, diferentes palabras. Ayuda, pero no auxilio. Palabras. Había palabras.

Y entonces: el sobrecogedor gruñido desgarrado de la barca al embestir contra las rocas.

En el principio era una tirantez, un punto de tensión que crecía y avanzaba lentamente como un escuálido gusano por la armonía de su abrazo.

—¿Qué es? ¿Qué es lo que quieres?

—Bah, nada... tú eres el hombre que necesito.

Risitas en la cálida oscuridad.

De repente se sentó y le dijo con urgencia:

—Tienes que tener un hijo. Tienes que tenerlo. Tienes que tener gente.

Lo carcome. Ella sabía, de algún modo, que no sería la persona que le daría un hijo, que le daría gente. Y nunca se lo dijo.

En ese momento, solo había reído entre dientes otra vez y le había dicho:

—Bueno, lo tenemos de camino, *ne*?

Pero el indefinible angusano seguía allí.

Después de la noche de la tormenta, charlaron sobre el niño arrojado por la marea.

—Creo que le gustamos —había dicho él.

—Te necesita... mira cómo te agarra sin ser todavía él mismo.

—Entonces, ¿deberíamos quedárnoslo? —preguntó medio en broma.

—Sí —había respondido ella sin dudar.

—¿Antes que a nuestro bebé? ¿Antes que a nuestro hijo?

—Antes que a todos.

Y ella se había liberado de sus brazos para bailar con un torpe júbilo triunfal.

Entonces el gusano de la angustia se marchó. Estaban plenos y sanos, juntos hasta la noche en que se la llevaron.

Lo carcome: las últimas palabras que le dijo cuando se la llevaban rodando bajo las brillantes luces. Un áspero susurro:

—Ay, Ngakau, cuida de nuestro niño.

Timote ya había muerto.

Se refería al otro, al que estaba en su regazo, impasible al parecer, mientras él temblaba y los sollozos le robaban el aire.

—Hana está muerta, muerta, muerta...

El niño pálido le agarraba la mano y lo miraba a la cara con esos ojos ajenos del color del mar que las lágrimas no nublaban. Cuánta amargura, qué afectado había estado, hasta la histeria, decía Marama. Pero nunca me lo mostró.

Lo carcome: solo esto le queda de ella, este vestigio de segunda mano, apenas acariciado, a medio formar, de su presencia.

Y ya no lo quiere en realidad.

Y conoce las sacudidas de la desolación y las profundidades de la desesperación.

Había meditado, en la frivolidad del principio, si construir una madriguera o una torre. Una madriguera porque le gustaban los *hobbits*; una torre... bueno, una torre por muchos motivos, pero sobre todo porque le encantaban las escaleras de caracol.

Según pasaba el tiempo y valoraba los pros y los contras de cada una, la idea de la torre se hizo cada vez más atractiva: una plataforma para mirar las estrellas en lo alto; una biblioteca tranquila, revestida de libros, con un anillo de espadas en la parte baja del muro; un dormitorio de estilo medieval con vigas gigantescas y una sencilla cama labrada; habría un salón con una chimenea enorme e hileras de tarros de especias en una pared; y abajo, al nivel del suelo, un vestíbulo con tapices colgados y el principio de la escalera en espiral, con pasamanos decorados con delfines que saludan al aire.

Habría una bodega, naturalmente, bien dotada de vinos, cosechas propias e importadas; repleta de jarrones chinos y cajas de madera con dátiles. Barriles contra las paredes y arcones en la sombra de los rincones.

Durante todo el sol del verano se esforzó, solo con la concertada asistencia profesional contratada. El polvo oscurecía y desollaba, la sed abrasaba y los ánimos se exaltaban, pero la Torre creció. Un esqueleto de hormigón, costillas y faja de madera y piel de piedra, gris, azulpizarra y miel intensa. Hasta que a finales de un mes de febrero se levantó, sombría, extraña y sitiada, construida en lo que era casi una isla en los bajíos de una ensenada, alta sobre Taiaroa.

Era el eremitorio, su trémulo retiro. Sin invitados, ¿qué podían ellos saber de los secretos que se retorcían, la helaban y ahogaban una risa en el tuétano de sus huesos? No hacía falta gente porque ella se realizaba sola, encantada con la preeminencia de su arte y el futuro de sus sabias manos.

Sin embargo, el pináculo se convirtió en abismo y la torrencial alegría acabó. Al final había una prisión.

Estoy cercada por un muro, alto, duro y pétreo, solo tengo mis uñas cerebrales para echarlo abajo.

Y no soy capaz de hacerlo.

# I

## ESTACIÓN DEL DÍA LUNA





## Retrato de una sandalia

*i*

—como nuestro cabestro, Jack. El cabrón estará cobrando la pensión antes de que lo degüellen.

—Sí, pero ¿quién se está riendo mientras tanto?

Un tintineo de risas recorrió el bar.

Kerewin, que estaba sola, repiqueteó con una moneda sobre la barra y le hizo un gesto al camarero.

—¿Lo mismo?

—Sí, por favor.

*Este barco que zarpa para siempre  
paralizado en mi moneda,  
se llama Empeño.*

*Pide una copa para liquidar los sueños  
de las largas noches en vela.*

*El mundo nunca es lo que parece  
y el sol muere...*

Se encoge de hombros.

¿Y si empezara a cantar en voz alta? ¿Qué pasaría?

La cerveza se arremolina hasta el borde del vaso: el grifo se retira.

—¿Ha estado bien la noche? —pregunta, educado, el camarero.

Son las primeras palabras que le han dirigido desde que llegó.

—Sí.

Le entrega el cambio.

—¿Ha ido bien la pesca?

¿Cuánto tiempo ha hecho falta para que todo el mundo sepa que me he comprado un barco?

—Bah, no ha estado mal, no ha estado mal.

—Bueno, eso está bien...

El camarero limpia la barra someramente y se aleja hacia el otro extremo del bar, hacia la charla y la siempre curiosa clientela.

Es tarde, Holmes, muy pasadas las once. No tiene sentido quedarse.

Tampoco había tenido ningún sentido ir al bar, más allá de perder algo más de tiempo y de beber algo más de cerveza.

Carcajadas.

Alguien está en plena anécdota inconexa de borracho. Un fornido maorí, un obrero con botas de puntera de acero y una melena morena hasta los hombros. Tiene los dedos metidos en el cinturón y la pesada hebilla de latón reluce y centellea con su tambaleo adelante y atrás.

—Y entonces, coño, ¿te puedes creer que va y coge la vela...?

Lo que me puedo creer es que al pobre capullo le faltan las palabras. O las ideas. O quizá solo la energía intelectual.

La palabra se utiliza de forma monótona, un triste contrapeso de cada frase.

—Y no sirve ni para el puñetero Himi, ¿eh? Coño, no sirve para nada, le dije...

¿Por qué este discurso lleno de amargura y desprecio? ¿Odias el inglés, macho? Puedo entenderlo, pero ¿por qué no das tu charleta en maorí y nos evitas esta contaminación? En esa lengua no hay insultos... Ahí va otra vez. La palabra, coño, tiene su sitio, pero ¿todo el tiempo?... *ae...*

Kerewin mueve la cabeza con gesto de disgusto. No merece la pena pensar en ello. Vacía el vaso, se deja caer del taburete y se encamina a la puerta.

El grupo que está en el extremo de la barra se vuelve para mirar. El tipo deja su historia y le lanza una sonrisa alcohólica que Kerewin no devuelve.

—Nas noches —grita el camarero.

—Nas noches.

\*\*\*

El cangrejo se movía en silencio por las limpias aguas celestes. Brillante armadura escarlata, ondulantes antenas, patas rojas que avanzan airadas. Celeste y escarlata. Precioso.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en mitad de un sueño, porque los cangrejos vivos son de un rosa granate y naranja: solo cuando se cocinan se vuelven escarlata. ¿Un cangrejo cocido y con vida? ¿Un cangrejo cociéndose mientras pasea tranquilo por una poza caliente?

Se estremeció. El cangrejo se movía más rápido por el mar cristalino y la niebla del sueño se espesaba...

\*\*\*